

No cayó una lágrima,
sólo el detergente cayó en el suelo
para limpiar la inmundicia
con lejía, con amoníaco,
y lavé mi cadáver con cal ardiente.
No fluyeron los epitafios,
no cayeron las moscas.
Pero la herida siguió siendo herida,
y ahora habla por mí.

La amaba como amo el trigo,
con las manos llenas de harina
y rebozadas,
como a la berenjena que pongo
en la salsa,
era mi pizquita de pimienta
y la sal de las verduras,
como si la carne de mi carne
llevara su nombre,
como si mi sangre latiera
en el confin de la nevera.

Me vestí de Artemisa,
despojo de vestal,
y con la piel de bronce
anduve por los cerros
buscando a Acteón,
para ofrecerle
la flor última de mi cuerpo.

Cuando le encontré,
libaba otra flor,
la flor del tiempo.